

SEGUNDA CUARESMA

DEL

DUQUE JOB

PRIMER SERMÓN.

Hace dos años tuve la honra de predicar en esta misma iglesia un pequeño cuaresmal, singularmente dedicado á las señoras. En esta cuaresma vuelvo al mismo púlpito y con iguales buenas intenciones. ¡Ponga Dios tiento en mi ánimo y elocuencia en mis labios, para que suplan tan eximios dones la pobreza de mi entendimiento!

Acabamos de celebrar, señoras mías, el miércoles de ceniza. A los buenos católicos nos ponen ese día una cruz en la frente, como anticipando la que más tarde ó más temprano han de poner en nuestra cristiana sepultura. Se nos recuerda que polvo somos y que en polvo hemos de convertirnos; se ofrece á nuestra meditación lo efímero de la vida, la vanidad de las pompas mundanas y lo inevitable y terrible de la muerte. Ese día de Ceniza, es un día que amanece desvelado, pobre, porque en la noche anterior gastó más de lo que podía gastar; enfermo del estómago y nublado el espíritu por penosas preocupaciones. La campana que en él repica es la del portón de la escalera, anunciando á los acreedores que suben. ¡Y qué acreedores. . . ! ¡La salud! ¡El amor! ¡La virtud! ¡La muerte! ¡Dios. . . !

Muy bien pensado fué llamarlo de ceniza; porque ceniza es lo que ya ha ardido, lo que ya ha brillado, lo que se acuerda del calor que tuvo, como nosotros nos acordamos del amor que sentimos. La nieve es más feliz que la ceniza, porque la nieve no fué nunca fuego.

Cuentan los entendidos en achaques eclesiásticos, que la ceniza del famoso miércoles es la de las palmas que lucieron en la proce-

sión del Domingo de Ramos y que después queman los clérigos. ¡Hermoso símbolo en verdad! ¿Qué ceniza más triste que la de la gloria? Primero palmas que, á modo de abanicos, sostienen en el aire, agitando éste, himnos de triunfo y cantos de esperanza; después, las mismas palmas reducidas á polvo, como las ilusiones que mecieron al moverse, y trocadas en signo de vejez ó muerte. La ceniza verdadera, la que más apaga, la que más enfría, es la que ha llovido en nuestra alma; la ceniza de las palmas que ceñimos con vanidad á nuestras sienas; la ceniza de las cartas de amor, quemadas antes de casarnos; la ceniza de los azahares ya marchitos; la ceniza de las flores que en otro tiempo nos dieron, ocultando un beso entre sus hojas; la ceniza de los versos nuestros que en un tiempo nos parecieron tan hermosos; la ceniza de nuestros diplomas ó de nuestros títulos honoríficos; y la más triste de todas las cenizas, la ceniza del escapulario que nuestra santa madre nos colgó del cuello y que nosotros besábamos de niños!

No es preciso pasar por el martes de Carnestolendas para llegar al miércoles de Ceniza. No es necesario salir de la orgía, de la bacanal, para sentir la tristeza de esa desvelada, el cansancio y desaliento de ese miércoles. Hay vidas puras; vidas sin manchas de vino; vidas sin labios mordidos por otros labios, y á las que el Destino pone un día la ceniza en la frente. Salen de la alcoba nupcial, salen del hogar paterno, salen del estudio; llevan muchas esperanzas, muchos deseos de hacer bien, muchos recuerdos santos, como niñas que llevan flores para ofrecerlas á la Virgen; y la suerte las arrodilla y les dice: ¡todo es ceniza! ¡todo es polvo! En ese día solemne de la vida, día que es como los días del Génesis porque nadie ha fijado aún su duración y lo mismo puede ser de una hora que de un año ó muchos años; en ese día no anunciado por el toque del alba sino por los dobles, unos se arrojan al agua, otros al alcohol, algunos á la honradez sin esperanza, muchos á la tristeza sin amigos. Fingíais por un instante, que las almas se quitan los cuerpos, como si se quitaran dominós. ¡Cuántas almas con la cruz en la frentel Esa joven hermosa acaba de casarse; amó ó creyó amar; sale de la alcoba que todavía huele á azahares; nadie la aguarda porque la creen feliz, y á la felicidad se respeta y cuida y rodea de silencio, como al sueño; busca á la madre para besarla y para decirle la más piadosa de todas las mentiras: que es dichosa; y esa joven que debe sonreír cuando alguien llegue, que debe ruborizarse cuando le hable el primer amigo, lleva ya la cruz de ceniza, el todo es miseria y toda es vanidad dentro del alma.

¡Cuántos, llevando la ceniza de sus amores muertos! ¡Cuántos, escondiendo las cenizas de sus creencias! Humo primero; polvo después. . . ¡y eso es todo!

Pero eso es todo, señoras mías, para el que no sabe vivir con la

intensa vida del espíritu; para el que no sabe ir á la muerte limpio y bien vestido como quien va á una visita. Lo que nos recuerda el Miércoles de Ceniza y lo que en él nos entristece, no es el fin del hombre. Esa sería una perogrullada de la Cuaresma. Ya bien sabemos que hemos de morir. La vejez es peor que la muerte, porque dura más que ésta; y la vejez nos recuerda el Miércoles de Ceniza. Nos habla de que un día morirán los seres que amamos, y nosotros viviremos; de que un día nuestra hija se irá con su esposo, porque lo amará más que á los padres, y nosotros viviremos; de que pasado el tiempo oírá nuestra vanidad, ya lejano, muy lejano, el estrépito del aplauso que hoy oímos tan de cerca, y nosotros viviremos; nos habla en suma de que todo es polvo y se ha de volver polvo, no nosotros. . . que, al cabo eso no importa. . . el polvo nada siente. . . sino todo lo que más queremos, todo lo que más amamos, todo lo nuestro en realidad ó en el deseo.

Es muy triste ese anuncio de inevitables despedidas; y más triste para vosotras, mis hermosas oyentes, porque sois las que con mayor pena os resignaréis á ser viejas, si es que os resignáis. La belleza es para vosotras como una segunda patria, y no queréis dejarla. Salís de ella, pero por fuerza, desterradas.

En verdad os digo, señoras mías, que de esa terquedad depende la desdicha de muchas mujeres, dignas de ventura. Ven al espejo, como se ve al conductor del ferrocarril cuando está uno comiendo en alguna estación, con inquietud y como preguntándole: ¿ya es hora? Levantaos de la mesa antes que el conductor; salid de la juventud antes que el espejo lo mande, despedíos, antes de que os despidan. ¿A qué teñirse las canas ó encubrir con afeites los estragos del tiempo? Con eso no se engaña á nadie. Los ojos de veinte años no se dejan engañar en contrabandos de hermosura. Las que tal hacen, se engañan á sí mismas, y cuando sonríen de satisfacción frente al espejo, el espejo, copiando la sonrisa, se ríe de ellas.

Resignaos señoras mías, y seréis felices, y seréis hermosas. Pues qué, ¿no tiene su hermosura la vejez? La belleza de ésta es una belleza blanca, así como la belleza de la juventud es una belleza color de rosa. Las viejas que no quieren ser viejas son las feas: hacen un gesto que las desfigura. Pero las viejas de buena voluntad, las que saben vestirse de negro como antes se vestían de azul ó blanco, ¡qué bonitas!

Saber ser joven, saber ser hombre y saber ser viejo, es saber vivir. Pero no hay que demorarse en la estación dejando partir el tren que la vida nos señaló, porque entonces se hace un papel ridículo. Entremos en él como entra el año, sin remilgos ni tardanzas, á sus cuatro estaciones. Primero es uno feliz por lo que goza; luego es feliz por lo que gozan sus hijos, ó los hijos de sus amigos. Primero se quiere; después se acepta.

Para que sea bella la vejez, se necesita que tenga una virtud suprema: la indulgencia. El joven es intransigente; el joven exige: ¡ha vivido tan poco. . . ! ¡Cree que le deben tanto los demás. . . ! Pero el viejo ya sabe que también él debe mucho; ya sabe que no pagan todos los deudores; y se resigna á pedir pequeños abonos de gratitud y de cariño á la ingratitud y al desamor humanos. ¿Qué ha aprendido viviendo tantos años si no ha aprendido á perdonar, para que los otros lo perdonen?

¿Que se van los hijos. . . ? Bueno, es decir, malo; pero es natural; perversamente natural, pero es así! En cambio vienen los nietos. ¿Que ya no se besa una boca de quince fresas? Bueno, es decir, malo; pero se besa una boquita que todavía no tiene dientes para morder fresas.

Porque queremos ser felices siempre de igual modo, somos desgraciados. Se cambia de felicidad, de la felicidad relativa que nos llega, así como se cambia de traje. Un viejo que no quiere ser viejo siente frío en el alma, como el que se empeñara en salir con traje de verano en el invierno. Pero no es culpa del invierno, es culpa de él.

Por eso yo, señoras mías, al poneros la ceniza en la frente, y al deciros que sois polvo—polvo de arroz, por supuesto, y del que yo quisiera muchos pomos,—también os digo que sepáis ser viejas porque así conservaréis vuestra hermosura.

Y tal es el deseo de vuestro capellán que mucho os ama.

SEGUNDO SERMÓN.

Como yo, señoras mías, predico los domingos, y el día más solemne de los días cuaresmales es el viernes, deseo asistir en él á alguna iglesia para oír la palabra de Dios, y tomar ejemplo de los grandes predicadores que son decoro y gloria de la cátedra sagrada. Pero es el caso que múltiples y profanas atenciones me vedan concurrir á esas fiestas evangélicas y edificantes, á las que tanto realce da vuestra presencia; y como quiera que es vivísimo el deseo por mí alentado, de instruirme en asuntos religiosos, con el único fin de perfeccionarme y de perfeccionaros—moralmente, se entiende, porque ya sois perfectas en lo físico y hasta cuentan que en lo químico,—lo que hago es comprar «El Tiempo» de mañana para leer el Evangelio del día, puesto que empiezo á leerlo á las doce en punto de la noche. ¡Qué brillantes, qué profundos, qué elocuentísimos sermones! ¡Como que en ellos habla el mismo Salvador del mundo con la divina unción de su palabra vivificadora! Entre esos discursos apostólicos y los sermones de muchos respetables sacerdotes, hay la misma diferencia que entre decir Jesús y decir Chucho.

El Evangelio del viernes último fué, mis señoras, el del paralítico. Él sabía que bañándose en la piscina (parece que así llamaban antes á la alberca Pane), sanaría tal vez; pero como era paralítico y como los demás eran egoístas, no podía moverse ni echarse al agua mucho menos. Se necesitó que pasara por allí Jesús, el Bueno entre los buenos, y que le dijera:—Alza tu catre y anda!—con lo cual quedó sucio, puesto que no se bañó, pero quedó curado por obra de la Divina Omnipotencia.

Si yo fuera pesimista—¡pero qué he de serlo. . . !—haría todas las noches esta oración al Redentor:—Jesús mío,—es decir, no mío, Jesús de todos,—Jesús, vuelve á nacer, porque hay muchos paralí-

ticos, y muchos Lázarus, y muchas Magdalenas, y tú solo curabas, resucitabas, perdonabas! Parece que esta gente no se acuerda ya de tí. Todos son como esos descastados egoístas, que dejaban abandonado en su jergón al pobre paralítico, sin ayudarlo, sin alzarlo para que entrara en el baño milagroso. Por curar, cobran; resucitar, no saben; perdonar, no quieren. ¡Señor, vuelve á nacer, por vida tuya!—

Por fortuna, como arriba apunté, yo no soy pesimista. ¡Qué blasfemia decir que ya no existe la Virgen madre María, cuando tenemos una madre buena! ¿Cómo no creer en la eficacia, en la bondad presente y activa de la moral predicada por Jesús, cuando resuenan todavía, como una música lejana, en nuestro oído, las máximas que nos inculcó amoroso y sabio padre? ¡Sí: hay muchos buenos; yo conocí á algunos; yo conozco á uno. á dos. . . . acaso á tres; tal vez más tarde conozca á otros; pero ¡hay buenos! Sin embargo, son más los paralíticos, y muchos más todavía los que no ayudan á los paralíticos.

El número de esas personas que no pueden moverse, casi es tan grande como el de los tontos. Paralíticos de bolsillo, paralíticos de corazón, paralíticos de voluntad. . . . ¡Cómo abundan los pobres paralíticos! Pero no es la parálisis enfermedad irremediable. Ya Jesús lo demostró. Y está probado que la medicina mejor es la que empleó él: la bondad infinita. Para que esos inmóviles se muevan, hay primero que hacerles creer en uno, por medio del amor, y luego hacerles creer en ellos, en su propia fuerza. Y así curan, y se levantan, y caminan.

¡Cuántas de vosotras, mis señoras, tendréis maridos paralíticos, de esos que andan por las cantinas, y por el *Jockey*, y por las calles de Plateros, y por entre bastidores. . . . y por otras partes! No lo digo por agraviarlos, ni mucho menos por hacerlos injuria; pero creo que esa es la verdad. Son paralíticos los que por herencia, por desencanto, por aburrimiento, se acuestan en el vicio ó se echan sobre el colchón de la pereza. Pero á todos los que están dormidos y no muertos, se les puede despertar. Al que no puede moverse por sí mismo se le carga, aunque pese, para llevarlo á donde le conviene. Cargar, señoras, no es oficio exclusivo de los asnos. Ya habréis visto en una de las cancelas del *Sagrario* á San Cristóbal cargando á Jesús. Y Jesús cargó á toda la humanidad. ¡Todas las buenas madres saben cargar á sus hijitos! Para soportar todo peso moral no se requiere mucha fuerza: lo que se necesita es mucho amor. Me diréis, tal vez, que San Cristóbal era muy grandote. Concedido; pero ese gigantón solo llevó en hombros á un niño; y ese mismo niño alzó, para salvarlo, todo un mundo. No: la fuerza, la corpulencia, la recia musculatura no son indispensables; lo indispensable es el amor.

La mujer es lo más débil, y al propio tiempo lo más fuerte. Yo conozco á señoras que soportan á maridos flacos y canijos, pero que

pesan mucho. . . . ¡y los soportan! Todas vosotras, en queriendo, sois muy fuertes. Tan grande es vuestro poder, que el mismo Dios necesitó de una mujer para hacerse hombre y redimir el mundo. Podéis creerlo: si no hubiera mujeres, no habría hombres.

Pero, ¿basta con echarse á un marido sobre la espalda y pasearlo en tal guisa por las calles? A eso voy: no, no basta. Lo que conviene es llevarlo á alguna parte en que se cure. Cargar á los maridos para ayudarlos, es muy bueno; cargarlos, por cargarlos, es muy tonto.

Pero hay muchos, señoras, que están como el paralítico del Evangelio, cerca de la piscina, con el deseo de bañarse en sus aguas saludables. Y sus mujeres pasan junto á ellos de igual modo que los egoístas fariseos, sin decirles bien claro:—«puesto que tú no puedes yo te llevaré.»

¿Quién mejor que vosotras para curar á esos enfermos? Parece-me que curar es como cosa propia de mujeres. Los médicos recetan, escriben, estudian, dicen cosas en latín; pero las mujeres son las que le hablan á la enfermedad en castellano, las que tienen manos blandas, las que curan. Una esposa es la mejor medicina, siempre que proceda de botica que tenga responsable competente, y siempre, también, que alguien no la haya adulterado en el camino.

Curar. jese es el oficio de los buenos en la vida! Yo no aconsejo á las señoritas que se casen con los paralíticos. No: para ellos hay hospitales. Pero si ya se casaron con esos tristes enfermos, que procuren curarlos. Y sobre todo, que no los paralicen después de casados, que no sean como esos sacristanes rapa-velas, que andan por el altar mayor apagando los cirios cuando acaba la ceremonia cuaresmal. ¿Creéis que os habéis casado para ser felices, hermosas oyentes mías? Pues creéis mal. ¿Cómo ha de dar el matrimonio lo que no da la vida? Os casasteis para ser dos. . . y luego más. Pero en ese *ser dos y luego más*—multiplicando, se entiende, no partiendo, porque hay divisiones que aumentan el hogar,—cabe mucha dicha, siempre que los esposos sepan empacarla. Mas para conseguirla hay que curar, señoras, curar mucho. Se entiende que la curación ha de ser mutua; pero como, por sus muchas ocupaciones, no han venido á esta iglesia los maridos, con vosotras hablo solamente.

Muy acá para entre nosotros, y basado en mi larga práctica de confesar, voy á deciros que hay muchos maridos, aun de esos que pasan por muy buenos, que son algo paralíticos, es decir, que aun siendo buenos están algo malos. ¿Los conocéis. . . .? ¿Sí? ¡Por supuesto! ¡Acaso mucho! Pero os diré—soy optimista—que no son incurables. ¿Quién de nosotros no tiene alguna parálisis en alguna parte del alma? Pero ahora, como ha dicho uno de los más ilustres padres de la iglesia mexicana, el Sr. D. Francisco Bulnes, solo mueren de enfermedad los que son tontos. Podéis, pues, bellísimas feligreses, con-

fiar en la curación de vuestros excelentes maridos, que parecen tan sanos. Pero es indispensable que apliquéis el medicamento requerido. Sin médico puede haber curación; sin enfermera, no.

No es tan difícil, á mi entender, el tratamiento; pero si pasáis junto á los maridos como pasaban los fariseos junto al paralítico, de cierto que no se curan. Lo mejor es hacer lo que hizo Jesús: decirles que están sanos. No os aconsejo que les digáis:—alza tu cama y anda,—porque pudieran llevársela á otra parte. Pero sí os aconsejo que les digáis sencillamente *¡anda!* teniendo cuidado de apoyarlos si tropiezan al dar el primer paso.

¿No es algo paralítico el que desconfía de sí mismo, el que no tiene fe, y por lo mismo no tiene esperanza, y por lo propio se arrepiente de haber tenido caridad algunas veces? Pues á ese decide:—*¡anda!* ¡Tú puedes ser sabio ó puedes ser ministro!—Llegará á gacetillero ó llegará á escribiente; pero algo es algo. Lo importante es decirle:—*¡anda!*

Que crea en sí mismo, que crea en su fuerza, como creyó el paralítico del Evangelio, y ya veréis si se mueve.

¡Cuántas parálisis morales se curan de esta suerte! ¿Qué es la parálisis? Tener dormido el cuerpo. Pero á los que tienen pesado el sueño, los despiertan. Y todos, señoras mías, llevamos algo dormido dentro del alma. Todos necesitamos un despertador con campana bien sonora. Y ese es el problema al casarse: ¿resultará la esposa despertador ó apagador?

A algunos se les paraliza el cariño; hay que decirle á ese cariño:—*¡anda!* Otros se paralizan en el tapete verde, en el mármol de alguna mesa de café, en el sofá de la amiga que sonríe.

Pero—no todos—algunos se quedan postrados en el tapete, en la mesa ó el sofá, porque la mujer, la única redentora posible, no les habla como habló Jesús al pobre enfermo: con amor y sin preguntarle por qué y cómo se enfermó.

¡Si supiérais, señoras, cómo ata una sonrisa! ¡Si viérais cómo, á veces, hasta los malos son buenos, si los quieren bien! ¡Si os convencierais de cómo se aborrece el champagne viendo cabellos rubios, ó castaños, ó negros, pero de uno, es decir, de otra persona que es de uno! Pero ¡qué digo! vosotras lo sabéis mejor que yo, y hasta me diréis que siendo padre, no debiera saberlo. Pero, por lo mismo, señoras, por lo mismo.

Y porque lo sé, y porque os quiero mucho (con permiso de vuestros esposos), deseo que pongáis en práctica mis consejos. Anhele que tengais la convicción de vuestra fuerza propia, y os digo: *¡anda!* como Jesús al paralítico.

Así seréis dichosas, relativamente. Y téngase en cuenta que no puede ser más desinteresado mi consejo, porque me gusta mucho consolar á las desgraciadas que llorarían con ojos muy hermosos, si lloraran.

TERCER SERMÓN.

Hermosas señoras mías:

Refiere hoy el Evangelio la curación de un hombre poseído del demonio mudo. Era aquél, de los mudos que no hablan, porque téngase en cuenta que hoy en día y merced á los adelantos de la ciencia, hay mudos que son muy habladores; al paso que personas muchísimas conozco que hablan y nada dicen, cual si fueran mudas. Dicho se queda, por supuesto, que este mudo era hombre, pues no pocos doctores y varios sabios de otra especie afirman, que no ha habido ni habrá mujeres mudas. El mutismo es masculino.

Sobre si fué útil ó no, para la sociedad, la curación de ese individuo, nada podré decir, porque el Evangelio no es explícito en lo tocante á este milagro; no puntualiza cuál era la condición del poseso á quien Jesús curó, para dar muestra ostensible de su gran poder; no dice si era tonto ó avisado, ni registra las palabras, frases y discursos que pronunció, ya sano, en el transcurso de su vida. La palabra es un don de Dios, no cabe duda; pero así como Dios hace todo bien y permite los males para nuestro ejercicio y mayor corona, así concede la palabra á unos para que nos enseñen y cautiven; y á otros para que, oyéndolos hablar, hagamos saludable penitencia.

Dícese á menudo que la palabra es lo que distingue al hombre de la bestia; pero abrigo algunas dudas sobre el particular, porque, con muchísima frecuencia he oído decir de álguien que habla, y precisamente porque habla: ¡qué animal es este hombre!

Quédese ello sin averiguación, y hablemos, señoras, de los mudos. No es culpa mía hablar de tanto enfermo: paralíticos, mudos, agonizantes, ciegos y muchos moralmente adoloridos son los que presenta á nuestra meditación el Evangelio. En él, como en la vida,